

EL UNIVERSAL. CONFABULARIO PENDERECKI EN MEXICO

¿Qué significó la nueva visita de Krzysztof Penderecki a México? ¿Quién es Penderecki? (sin pedantería, pronúnciese *penderetsqui*) ¿Por qué se hizo tanto ruido a su alrededor y motivó a tantas personas a asistir a sus conciertos?

En 1959, durante un concurso de composición relacionado con el Festival Otoño de Varsovia, el jurado determinó qué obras eran las tres mejores y cuando abrió los sobres anónimos correspondientes con los datos reales de cada compositor, resultó que las tres obras habían sido enviadas por el mismo autor, un desconocido joven de 26 años de mesiánico nombre. Las obras de Krzysztof Penderecki que ganaron el concurso fueron *Strofen*, para soprano, recitante y 10 instrumentos; *Emanaciones*, para 2 orquestas de cuerdas y *Salmos de Davis*, para coro y percusiones. La fama del autor, aunque aún local, ya estaba lanzada.

Después del estreno de 2 obras extraordinarias e impresionantes, *Treno por las víctimas de Hiroshima* y *Pasión según San Lucas* el nombre del autor recorrió el mundo convertido en una figura de la música moderna como no había sucedido desde el gran “escándalo” de Stravinsky. Con el tiempo, el prolífico Penderecki acumuló obra por obra, en el mejor de los sentidos y con el más alto nivel dentro del vanguardismo de su tiempo. De repente, hacia fin de los años 70, aquel transformador y enriquecedor de la vanguardia de su tiempo fue transformando su estilo música, eliminando los recursos y efectos que asombraban a su público y adoptando intervalos y métricas musicales cada vez más tradicionales, más melódicos. (Sus detractores, que nunca le faltaron, aunque grandes de la música moderna como Stockhausen y Messiaen mostraban su admiración absoluta ya se burlaban diciendo que “pronto compondría en do mayor”)

Esta no fue la primera vez que Penderecki estuvo en México. En febrero de 1974 la OSN estrenó en México la *Pasión según San Lucas*, en un concierto inolvidable para mí, dirigido por Jerzy Katlewicz, con solistas y coros polaco y mexicanos, respectivamente. Al concluir la estremecedora obra, hizo su aparición ante la orquesta el propio compositor, quien había supervisado los ensayos y había estado presente en el concierto. La clamorosa ovación, siempre lo he dicho y no en broma, fue casi más emotiva que la obra misma, el público había “enloquecido” como si se tratara de Beethoven o Mozart, pero en nuestro tiempo, cuando son autores venerados. (En su tiempo y más en Viena, los dejaban morir de hambre).

Valga mencionar que en 1984, la OFUNAM también ofreció la *Pasión*, en otra memorable versión dirigida por Eduardo Díazmuñoz, casi totalmente con solistas y coros mexicanos. A partir de 1998, Penderecki ha estado en México varias ocasiones:



en una de ellas, como director de la Sinfónica de Xalapa –en esa ciudad y en el CNA de México- para estrenar en nuestro país el Concierto No. 2 para violín y en otra, con la Sinfónica Nacional para el estreno en México del Concierto No. 2 para violonchelo (en ambas ocasiones, Penderecki también dirigió la Sinfonía No. 6 de Shostakovich). Posteriormente, estuvo en dos ocasiones en la Sala Nezahualcóyotl con la orquesta polaca *Sinfonia Varsovia* de la que ha sido su director musical y artístico desde hace más de 15 años.

Ahora, Penderecki regresó dirigiendo la OFUNAM en lo que podríamos llamar un concierto normal, el último par de la Primera Temporada 2014, que, sin embargo, alcanzó niveles de excelencia memorable. Según se fue acercando la fecha de estos conciertos, anunciados desde el inicio de la temporada se advirtió en el ámbito de la OFUNAM un interés especial por el gran músico. La promoción fue muy eficaz, reforzada con ruedas de prensa, entrevistas y mayor número de menciones en los medios y el resultado fue el idea: sala llena en ambos conciertos, como sólo sucede cuando se trata del repertorio de arraigo popular (Carmina Burana, Novena sinfónica de Beethoven y tal vez, dos o tres obras más). Lo más interesante de analizar respecto a este concierto es si se cumplió la expectativa de ese público.

Con un programa que en circunstancias normales no hubiera atraído una multitud, Penderecki nos permitió escuchar dos obras suyas relativamente recientes: La *Chacona* para cuerdas, movimiento de su Requiem Polaco pero con vida independiente propiciada por el propio autor, una sentida pieza, con cierto carácter más nostálgico que fúnebre y cuyo recurrente tema principal nos remite a ciertas familiares partituras para cine de los últimos tiempos. Las Sinfonietta No 2 (originalmente para clarinete y cuerdas y en esta ocasión transcrita para flauta) es una obra más importante, en 4 parte más definidas sin que ello reste la complejidad temática y un concepto de cierta aspereza, excepto en el introspectivo final. Aprovechando la presencia del flautista italiano Massimo Mercelli, se interpretó una obra que no porque fuera totalmente desconocida, suponía una aportación musical importante. El Concierto para flauta del compositor bohemio Franz Xaver Pokorny es lo que podía esperarse de un contemporáneo de Mozart y Haydn, con el oficio creativo pero sin el genio de ambos: apenas un “bonito” ejemplo del rococó de la época.

Esto nos hace sentir que lo menos justificado del concierto fue la presencia del solista importado, que ya ha venido antes con la OFUNAM, sin pena y sin gloria, pero ante la indiferencia general. Es evidente que Penderecki pudo sugerirlo para que se escuchara su nueva versión para flauta de la Sinfonietta No.2; cualquiera de nuestros flautistas hubiera cumplido con creces el cometido, no digamos si el gran compositor hubiera sugerido la versión original con clarinete, para la que el propio primer atril de La OFUNAM, Manuel Hernández hubiera elevado incluso el nivel expresivo de la obra.

Elegir la Séptima Sinfonía de Antonin Dvorak (y no la Octava, más ligera y llena de contagioso folklor o la muy famosa Novena) demuestra la inteligencia musical de

Penderecki, sin buscar el aplauso fácil ni “tenerla resuelta” con la orquesta de antemano eligiendo la que para muchos es la mejor sinfonía del autor y con la que el primer objetivo es “hacer música”, en el sentido más amplio de la idea. Y vaya que se lució en grande nuestro admirado músico, logrando una musicalidad, un sonido singular en la OFUNAM que lo respetó, lo siguió y le respondió con toda su capacidad interpretativa, como hacía múltiples conciertos que no le escuchábamos a un ensamble que, como hemos comentado anteriormente, ha alcanzado su más alto nivel de los últimos tiempos. Bajo la batuta de Penderecki, la OFUNAM lució una homogeneidad sonora, un empaste de cuerdas y valga el término, de metales, que esta vez tuvieron gran sonoridad pero “sin gritar” la música, siempre al servicio (tanto en la sinfonía de Dvorák como en las obras para cuerdas de la primera parte).

Se sentía una especial expectativa en el público que asistió al primero de los 2 conciertos, tal vez por estar mayoritariamente conformado por músicos, funcionarios de la cultura, algún reconocido intelectual, 1 crítico de música (2, si me considero otro) y, sobre todo, por aquellos melómanos que habían vivido una experiencia de varias décadas, conociendo de la existencia de este gran músico, independientemente del gusto hacia la música de vanguardia (recordemos la acertada expresión que alguna vez se decía, que Penderecki “era el músico de vanguardia para quienes rechazaban la música moderna”), por supuesto y en gran número, quienes gustan de las expresiones musicales más avanzadas. Por ello, la recepción al magistral compositor fue muy calurosa y los aplausos para sus obras muy nutridos, sin contar la interminable ovación final a la que se unió la de la OFUNAM, más cálida que de costumbre. Es posible que en el segundo concierto, más abundante de jóvenes que no habían podido tener referencias propias del nombre legendario del músico polaco la reacción fue algo más contenida, aunque muy entusiasta en la reacción final del concierto.

Es posible que para muchos quedara la sensación de haber escuchado a un excelente director, más que a un legendario compositor de una vanguardia que cada vez se fue quedando atrás en el tiempo y en la memoria; la visita de Penderecki a México debe hacernos meditar en las escasas ocasiones en que cualquiera de nuestras orquestas toca su música (OFUNAM misma, me atrevería a asegurar, que desde los tiempos de Ronald Zollman) o, en general, música contemporánea que no sea de compositores mexicanos. Y si lo complementamos con las opciones limitadas para estar al día en música mediante grabaciones, entendemos el persistente desinterés e incompreensión cuando se escucha cualquier obra que trascienda los primeros experimentos atonales de ¡inicios del siglo XX! (Las actuales “bajadas” de música funcionan invariablemente con música que los “bajantes” ya conocen o han escuchado y desean tenerla a su alcance y no son un escaparate para enterarse de novedades en obras y figuras de la música). Sin embargo, es importante asimilar el sorprendente triunfo de público que tuvo la presencia con la OFUNAM de un músico singular e icónico y que la experiencia se vuelva aprendizaje.

Luis Pérez Santoja.